

Ideas sobre el arte en los artículos de *El Norte*

El primero de febrero de 1923, cuando César Vallejo, en Lima, revisaba y pulía los textos de *Escalas melografiadas*, aparecía en Trujillo el primer número del periódico *El Norte*, órgano a través del cual se expresaría un grupo de intelectuales y artistas que hasta entonces se había dado a conocer en actos públicos, sobre todo de carácter universitario, y en otras publicaciones, en forma individual y dispersa. Vallejo, quien vivía en Lima desde fines de 1917, estaba profundamente ligado a ese grupo con las amarras de la amistad y de las ideas; en 1915, al tiempo que estudiaba Jurisprudencia en la universidad trujillana, se relacionó con Antenor Orrego y con José Eulogio Garrido, dos de los principales integrantes de la «Bohemia de Trujillo» o primer escalón del grupo Norte —a menudo rechazado por la conservadora sociedad de la ciudad colonial.

El Norte, que dirigía Antenor Orrego, le da la oportunidad a Vallejo de enriquecer su vena periodística y agregar números a sus escasos ingresos. Antes de escribir para *El Norte* había enviado unas pocas colaboraciones desde la capital a *La Reforma* y *La Semana* (1918), en las que relataba sus encuentros con escritores a los que admiraba: Abraham Valdelomar, Manuel González Prada y José María Eguren. Sus amigos de *El Norte* le ofrecían una corresponsalía en Lima que, al parecer, no llegó a cumplirse; en cambio, sí se concretó la corresponsalía desde París, adonde Vallejo viajó el 17 de junio del mismo año 23 para no regresar jamás al Perú. Sin su trabajo de profesor, hastiado de los estrechos horizontes nacionales, amenazado aún por una acusación que le costó más de cien días de cárcel en Trujillo, decide enfrentar un medio que lo agobiará con frecuencia y cuyas características criticará a menudo, con ironía y hasta con cierta violencia, durante sus primeros años en París.

Desde mediados de 1923 escribe y envía artículos a *El Norte* en los que estos sentimientos y pensamientos quedan expresados, así como los que lo vinculan a su país, a sus amigos y a las personas que admira. En la mayoría de las versiones difundidas sobre su vida no se mencionan sus colaboraciones para el diario trujillano, a excepción de la de Juan Espejo Asturrizaga,¹ quien formó parte del grupo y estuvo vinculado al periódico, pero su biografía se detiene justamente en vísperas del viaje de Vallejo a París y no da cuenta de sus colaboraciones europeas. La falta de colecciones completas de esta publicación periódica se debe a que fueron destruidas en el curso de la persecución política de que fueron objeto sus miembros y el recuerdo de ese conjunto de ar-

¹ *Espejo Asturrizaga, Juan*. César Vallejo. Itinerario del Hombre. 1892-1923. Lima, Librería Editorial Juan Mejía Baca, 1965; pp. 265

títulos vallejianos se vio opacado, tal vez, por sus más frecuentes intervenciones en las revistas limeñas *Mundial* y *Variedades*, a partir de 1925.

Existen en la actualidad dos recopilaciones que consignan esos artículos: los dos tomos de *Crónicas*,² preparados por Enrique Ballón y la de Jorge Puccinelli, con el título *Desde Europa*.³ La lectura que hemos realizado de estas crónicas tiene como fuente la segunda publicación, pues en la primera no han sido incluidos dos de los artículos, aunque sí se les registra en el listado de colaboraciones para *El Norte* (Ballón da un total de 34), precisándose que el dato procede de la Bibliografía preparada por Elsa Villanueva de Puccinelli;⁴ dichos artículos son «Los escritores jóvenes del Perú» (4-4-1925) y «Roberto Romaugé» (6-4-1925). En la «Hemerografía activa de César Vallejo», que aparece en el libro de Puccinelli (págs. XXII a XXIX), se fichan 35 artículos, dos de los cuales se reprodujeron después en *Variedades* y en *Mundial*, de donde han sido tomados para la recopilación, y el tercero no se incluye en la publicación, al parecer por haberse hallado cuando el trabajo de edición se encontraba muy avanzado. Los dos primeros son «Hablo con Poincaré» (*El Norte*, 13-6-1926; *Variedades*, 25-12-1926) y «Keyserling contra Spengler: El ocaso de todas las culturas» (*El Norte*, 21-3-1927; *Mundial*, 18-1-1929); el tercero en cuestión se titula «El caos del teatro moderno» (*El Norte*, 28-7-1926). Sin embargo, en la página XXX de la introducción general de Puccinelli, donde se pone en cifras la totalidad de las colaboraciones periodísticas conocidas de Vallejo, se cuentan 37 artículos para el diario *El Norte*. Puesto que la investigación de base no ha sido realizada por nosotros, nos limitamos a notar estas observaciones con la finalidad de que se proceda a una revisión de los datos.

Vallejo y el periodismo

A menudo ocurre que un escritor se inicia en el periodismo por necesidad, en éste conoce la rapidez en el trabajo y en él la escritura es también un medio de subsistencia material; para muchos es a la vez un aprendizaje y una forma de no perder contacto con el mundo circundante, impone exigencias de lenguaje y pensar en el otro término de la comunicación, el receptor, asunto que, por lo general, no se plantea el literato dedicado a encontrar la forma que lo satisfaga a sí mismo. Vallejo se fue vinculando al periodismo de manera indirecta, viendo primero reproducidos sus poemas en publicaciones trujillanas, en sus tiempos de estudiante universitario y profesor escolar, haciéndose amigo de periodistas o de intelectuales que practicaban este oficio, tanto en Trujillo como en Lima, y reemplazando, casi sin darse cuenta, la proyección que significaban las cartas a los amigos por la de los artículos para todos ellos y para un público más amplio, cuando se halló lejos.

² Vallejo, César. *Crónicas*. Tomo I: 1915-1926; Tomo II: 1927-1938. Prólogo, cronología, recopilación y notas de Enrique Ballón Aguirre. México, Universidad Nacional Autónoma, 1984-1985; pp. 466 y 673.

³ Vallejo, César. *Desde Europa. Crónicas y artículos (1923-1938)*. Recopilación, prólogo, notas y documentación por Jorge Puccinelli. Lima, Ediciones Fuente de Cultura Peruana, 1987; pp. 455.

⁴ Villanueva de Puccinelli, Elsa «Bibliografía selectiva de César Vallejo». En: *Visión del Perú (Homenaje internacional a César Vallejo)*. Lima, n.º 4, julio de 1969.

En el momento de su viaje a Francia y en sus primeros tiempos en París, las crónicas para *El Norte* se vuelven una necesidad. Vallejo tenía 31 años y había publicado los poemarios *Los heraldos negros* (1918) y *Trilce* (1922), y los libros en prosa *Escalas melografiadas* y *Fabla salvaje* (1923). No era, pues, un escritor que se iniciaba y cuya voz estaba aún definiéndose; era un poeta cuajado, que había logrado desprenderse de los patrones en boga para llevar a cabo una aventura poética inusual hasta entonces. La ruptura de *Trilce* ya se había producido. ¿Cómo enfrenta, entonces, este poeta maduro la escritura periodística? Como un escritor que rehace el camino que, en poesía, anduviera hasta allí: las prácticas del lenguaje modernista, primero, la libre aplicación de los recursos de la vanguardia y, después, un despojamiento de cualquier sobrecarga formal a favor de la economía del lenguaje y de la esencia del contenido. Un proceso (y convivencia) similar, de algún modo, al que va de *Los heraldos negros* a los *Poemas en prosa* —que por esa época escribía en París— pasando por *Trilce*.

El 26 de octubre de 1923 aparece en *El Norte* el primer artículo que Vallejo envía de París, «En Montmartre», escrito, sin embargo, en julio del mismo año. Todas sus colaboraciones en el diario norteño llevarían el sobretítulo «Desde Europa» y ellas se prolongarían hasta 1927; el periódico desaparecería definitivamente en 1930. Puccinelli ha señalado la alteración de las fechas de escritura por los responsables del diario siguiendo criterios de supuesta actualidad periodística.

En sus crónicas parisinas, el escritor santiaguino tocó gran variedad de temas: detalles de la vida de la «Ciudad Luz», artes plásticas, teatro, reflexiones sobre literatura peruana y sobre literatura en general, ideas relacionadas con la modernidad, actualidad y pensamiento político, y notas a personajes famosos de la época con los que estableció contacto. En muchos de ellos demostró su sentido crítico y la fina ironía de la que era capaz, pero, sobre todo, empezó a entretener en ellos sus concepciones sobre la vida, el arte y la política, las mismas que pueden seguirse en sus artículos posteriores y en sus obras de creación. Para el caso de este trabajo nos interesa la recurrencia de algunos temas que señalan la huella de motivos importantes en su obra y que guardan estrecha relación entre sí. Es así como hemos organizado en tres apartados la lectura de los temas que deseamos destacar: el arte, la crítica y la política; y los artículos en que nos basamos son los siguientes, por orden de publicación: «El pájaro azul», 1 de febrero de 1924; «Salón de otoño», 10 de marzo de 1924; «Literatura peruana. La última generación», 12 de marzo de 1924; «Réclame de cultura», 23 de marzo de 1924; «Ventura García Calderón», 28 de marzo de 1924; «Francisco García Calderón», 20 de abril de 1924; «Los escritores jóvenes del Perú», 4 de abril de 1925; «Roberto Ramaugé», 6 de abril de 1925; «La miseria de Leon Bloy. Los editores, árbitros de la gloria» (Sobretítulo: «De la dignidad del escritor»), 1 de noviembre de 1925; «Los negros y los bomberos», 7 de marzo de 1926; «El caso Victor Hugo» (Sobretítulo: «El poeta y el político»), 15 de agosto de 1926 y «La defensa de la vida», 21 de noviembre de 1926.

El arte y los artistas

Según los artículos en que Vallejo desarrolla la idea del arte su definición está relacionada con la vida; arte y vida forman, para él, una unidad indivisible, sin la interven-

ción activa de la segunda el primero no tiene valor ni fuerza. Es también iniciador de etapas e indicador de rutas futuras y la excelencia de sus expresiones tiene que ver con un desprendimiento del uso excesivo y hueco de las técnicas.

Una de las definiciones más claras de arte está contenida en la crónica «Salón de otoño», la única, además, en que Vallejo vincula conscientemente sus ideas sobre el arte con su aplicación en su propia obra poética. «El fin del arte es elevar la vida, *acentuando* su naturaleza de eterno borrador. El arte descubre camino, nunca metas. Encuentro aquí, en esta esencia horizontante del arte, toda una tienda de dilucidaciones estéticas que son *mías en mí*, según dijo Rubén Darío, y que algún día he de plantear en pocas pizarras, como explicación —si esto es posible— de mi obra poética en castellano.»

En «La defensa de la vida» Vallejo pone cuidado en ampliar las referencias de arte, de las artes visuales a la literatura y a la música, y también agrega a los conceptos de compromiso del artista con la vida que lo rodea y de mayor valor de la obra de acuerdo a un «contenido vital» más hondo, la idea que, incluso, antepone la vida al arte y que expone con pasión y hasta con indignación hacia los artistas que no parecen conducirse por esa convicción: «Yo no puedo consentir que la “Sinfonía Pastoral” valga más que mi pequeño sobrino de 5 años llamado Helí. Yo no puedo tolerar que “Los hermanos Karamazof” valgan más que el portero de mi casa, viejo, pobre y bruto. Yo no puedo tolerar que los arlequines de Picasso valgan más que el dedo meñique del más malvado de los criminales de la tierra. Antes que el arte la vida».

Vallejo va configurando al artista, en sus crónicas de *El Norte*, en sucesivas referencias al plástico y al literato, fundamentalmente, y su concepción alcanza tanto la actitud del mismo hacia su obra como la que adopta respecto a su entorno y, sobre todo, al mundillo profesional. Vallejo entabló contacto con artistas e intelectuales en París, como lo había hecho en Trujillo y en Lima, pero ese contacto no fue nunca el del típico bohemio que desgasta su tiempo en una inútil existencia de café y de palabras en competencia; hay alusiones en este sentido en algunas de sus cartas además de las que quedan expresadas en artículos como «La defensa de la vida». Tampoco fue partidario, y esto se advierte con claridad, de las capillas literarias, del comercio con el arte (en el peor sentido del término) y del afán de figuración de artistas que venden imagen o se acogen, para empezar, a una figura poderosa que los ampare.

De la crónica sobre el pintor argentino «Roberto Ramaugé» pueden extraerse una serie de características que el cronista atribuye a este artista en particular, pero que son extensibles a la condición de artista ideal que maneja Vallejo: «...espíritu múltiple, rico en facetas de comprensión vital, dúctil y dotado de una vasta sensibilidad artística (...) cultura acrisolada y pura, (...) aporta un espíritu más ancho y generoso, más completo y universal, lo que equivale a decir, un mayor espíritu creador, (...) amplitud de sensibilidad para todos los aspectos de la vida, ...». Acerca de la relación del artista con su obra, continúa, en la misma crónica, refiriéndose al empleo de las técnicas y a su inserción en las tendencias en boga: «el procedimiento [pictórico de Ramaugé], responde a un impulso absolutamente personal, es decir que no está registrado en ninguna escuela o tendencia circulante, ni ha caído en los conscientes y sistemáticos módulos del “mentir”. Su técnica, por el fuerte ritmo individual que la produce, por el cálido templotor espontáneo y libre que la informa, permanece ajena casi del todo a la

voluntad del pintor y hasta a su propia conciencia». Este último concepto había sido expresado ya en «Salón de otoño» cuando, refiriéndose a la obra del escultor Leyritz, decía: «La marca una libertad interna, un poderío libre de advenedizas disciplinas, libre en absoluto de la voluntad y aun de la conciencia del creador». Vallejo, al parecer, guardaba cierta fidelidad, muy en el fondo, a la antigua consideración que entiende la creación como un acontecimiento de orden mágico participante de la divinidad y que no es del todo abarcado por el propio creador. Por el contrario, el artista que controla totalmente su obra o que pretende controlarla con absoluta suficiencia, el que cree estar en equilibrio manteniéndose a prudente distancia de todo, ignora el gozo de la libertad y de la vida y, por lo tanto, no está en posesión total de la emoción artística: «Espíritus tranquilos, completos, equilibrados, prudentes, cobardemente dichosos. (...) Orgánicamente ecuanímenes, constituyen la imagen más pura de la muerte. Su vocación artística es más bien esclavitud y servidumbre». No solamente existe, pues, una vinculación entre arte y vida, sino entre éstas y la libertad. Y, para agregar denominaciones a la condición ya sea innovadora o conservadora de los artistas, califica a unos de «negros» y a otros de «bomberos», según la costumbre francesa de la época, en el artículo «Los negros y los bomberos. ¿Quiénes dominarán al mundo?»: «...corren tiempos en que todo artista debe ser “negro” o “bombero” o lo que es igual revolucionario o conservador, heterodoxo u ortodoxo. La denominación de “bombero” data de la época simbolista y la de “negro” data de la reciente era cubista».

En varios de los artículos que escribió para *El Norte*, Vallejo se refirió a la carrera pública que desarrollan algunos escritores, centrada antes que en el mérito de sus obras en la argucia comercial de los editores, en el exceso de elogios recibidos o en los cargos públicos que desempeñan, y en todos esos casos el tono vallejiano se inclina hacia la ironía y da a entender, a veces sólo con sutiles modificaciones de la sintaxis, su rechazo a estos manejos que van más allá del ejercicio literario. En «Réclame de cultura» relaciona este hecho con una manera muy propia de ser del francés, que privilegia y difunde su cultura con gran estruendo, y la llama «ciencia de lanzamiento de glorias francesas»; Vallejo menciona el ejemplo de Apollinaire, Maurice Barrés y, en la música, de Claude Debussy.

En el artículo que le dedica al escritor peruano que vivía en Francia, «Ventura García Calderón», al reseñar uno de los roles que éste cumplía en ese país dice lo siguiente: «Un pastor de ganado menor, que en París apacienta, cría y patrocina a cuantos mozos vienen de América a *triunfar* en tal o cual lado de arte y chifladura. No hay muchacho de América —poeta, pintor, músico— que al llegar a París no busque el ala de Ventura. (...) Conozco buen piquete de incipientes que andan en torno suyo. Ventura los conlleva, les da, les protege. No sólo le piden consejo —esto es pedir lo de uno— sino la laudatoria que engríe a los necios, la palabra que concedida por benevolencia, no alcanzará nunca a suscitar poderes creadores que no existen». El efecto nocivo de los elogios es mencionado brevemente en la crónica «Roberto Ramaugé» cuando, aludiendo a Van Dongen, afirma que «los elogios le aniquilaron a fuerza de vanidad».

«La miseria de León Bloy» es la crónica que más ampliamente desarrolla estos conceptos y debería ser citada casi en su totalidad; mencionemos, al menos, dos fragmentos en los que señala el arribismo de escritores en todos los tiempos y lugares y el papel